

qué el sacerdote cobra otros menudos derechos, aunque le repugne, porque pesan sobre el pueblo; y á pesar de todo, su producto basta con dificultad para cubrir todos los gastos.

No obstante, ¿aun hay valor para llamar al catolicismo *la religión del dinero!*

Pero si no es, como efectivamente no es el catolicismo *la religión del dinero*, hay en realidad una religión del dinero, y yo os diré quienes la practican. Son los hombres que allegan cada año, en sus sociedades públicas ó secretas, millones y millones los hombres que con la bolsa en la mano, entran en la boardilla de los operarios católicos y en la choza de los campesinos, para comprar las almas á precio de *dinero*, abusando de la miseria y de la desgracia.

¡Vergüenza para ellos es practicar eso de que nos acusan!

XIII.

Una prueba de nuevo género en favor del protestantismo.

El protestantismo, según va marchando, va dejando, como despojos adheridos á todas las espinas del camino, los restos de verdad y de vida cristiana que había tomado de la Iglesia; y *materializándose* más y más cada día, es más digno hijo de su padre Lutero, pudiendo cantar con él: "Beber bien y comer bien; este es el verdadero medio de ser feliz."

Entre los países que perdieron la fe, cuando en ellos se introdujo la pretendida *reforma*, se encuentran algunos a cuya cabeza está la Inglaterra. Esos países por razón de su posición geográfica ó de su instinto comercial, hacen buenos negocios en este mundo, ganan mucho dinero y entienden admirablemente el arte de procurarse todos los goces de la vida; goces que el espíritu moderno parece que mira como el fin último del hombre, y el objeto único á que deben dirigirse sus esfuerzos. De ahí ¿quién lo creería? algunos hombres serios, llamándose *ministros del Evangelio*,

pretenden hacer un argumento invencible contra la Iglesia católica y en favor del protestantismo. "Los protestantes dicen esos señores, los protestantes son más ricos que los católicos; luego su religión es mejor." (*)

(*) Aunque fuera cierto que los católicos, en general, lo pasan en la tierra con más estrechez ó menos comodidad que los protestantes, esto, léjos de ser un argumento en favor de la bondad del protestantismo, sería al contrario, una prueba concluyente de que él no es la religión de Jesucristo. En efecto, abundan en el Evangelio los pasajes que prueban como el cristianismo es particularmente la religión de los pobres, de los que padecen, de los que lloran y son perseguidos; mientras que á los que ríen, se consuelan y están hartos en esta vida, les están anunciadas por el mismo divino Maestro, grandes desgracias para la futura. Concedamos, pues, de buena gana á los protestantes su pretensión de ser más ricos por el comercio y por la industria, más poderosos en el mar, más ilustrados en la ciencia del mundo, y en seguida leamos en San Lucas lo siguiente: "En verdad, ¡ay de vosotros ricos que teneis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros que estais hartos, porque padecereis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque os entristecereis y llorareis!" (San Lucas, cap. VI, vers. 24 y 25.) Al contrario, el Salvador llamó bienaventurados á los que ahora padecen hambre, porque serán hartos; y á los que lloran, porque más adelante reirán: (Ibid. vers. 41.) A esto se agrega que, según la declaración expresa del mismo divino Maestro, El es el camino que conduce á la vida; pero ese camino es estrecho, porque tal debe ser el único que conduce á la vida (San Mateo, cap. VII, vers. 14.) De consiguiente, el protestantismo jactándose de poner á los hombres en el camino ancho de la prosperidad temporal, por el mismo hecho demuestra que no es la religión de Jesucristo. Por último, como Dios castiga al hombre por donde ha pecado, especialmente cuando su pecado es de orgullo: (San Lucas, cap. XIV, v. 11.); véase como á la protestante Inglaterra, que era el gran ejemplar que podían alegar los protestantes, la ha humillado y la está humillando la Providencia. Nunca ha sido cosa muy sólida la prosperidad inglesa, pues no hay nación con más deuda pública que la Gran Bretaña, al paso que siempre ha tenido ella un pauperismo más extenso y profundo que ningún otro pueblo de Europa, como que solo en Inglaterra hay gente que se muere de hambre. Además aquel pueblo está gravado de contribuciones, hasta por tener luz. Por otra parte, desde la guerra de Crimea se vió el poderío de esa nación, era en mucha parte un prestigio que la prueba desvaneció; y la Francia humilló entonces á la Inglaterra, aunque de otra manera que los norte-americanos, los cuales la trataban con una especie de insolencia. Para acabar de confundir á ese pueblo, Dios ha

Un Pastor francés, autor de una multitud de pequeños libelos protestantes, que corren por las calles; ha desarrollado este argumento de nuevo género, que se ha hecho muy popular entre nuestros propietarios y fabricantes indiferentes, escribiendo para esto un libro especial. Pero á ese pastor le ha salido un contradictor por donde él esperaba ser aplaudido. *El diario de los Debates*, que nada es menos que católico, ha dedicado al libro extraño del pastor protestante, un artículo lleno de buen sentido, en el cual, con una indignación que le hace honor, descarga sendos golpes sobre los principios anticristianos, que sirven de base á esta nueva especie de apología del protestantismo. Oigamos. "*Las naciones católicas y las naciones protestantes, consideradas bajo el triple aspecto del bienestar, de las luces y de la moralidad.*" Por Napoleon Roussel, pastor. Hemos abierto este libro, dice el articulista del *Diario de los Debates*, con el deseo de decir de él todo el bien que pudiéramos; pero con la mejor voluntad del mundo, nos es imposible considerarle, ni como un buen libro, ni como una buena acción. El autor . . . ha escrito una obra, cuya última

permitido la guerra de América, que va dejando sin ocupación á millares de brazos, en las fábricas inglesas, á millares y millares de individuos sin trabajo y sin pan, y todo el país en apuros para librar de la muerte por inanición á esos individuos.—Lo repito, nada de esto se ve en los países católicos, aun los que los protestantes acostumbran pintarnos con los más negros colores. Tómense, por ejemplo, ya que los sectarios los escogen por especial blanco de sus iras, á los Estados Pontificios y á la España. En Roma el pueblo vive más cómodamente que en Londres y en París, como lo sabe todo el que ha visitado estas tres capitales; y si esto es ahora, cuando se dice que hay más penuria, en tiempo del Papa Gregorio XVI, aún costaban mucho menos los alimentos. Sin embargo, todavía en la actualidad, cuestan acaso la mitad que en otras capitales. Respecto á la España, ya quisiera la población de la Gran Bretaña tener siquiera la mitad del bienestar que tiene la de España.—Téngase siempre presente, que el bienestar en este mundo, no es la regla de criterio para juzgar la verdad en materia de religión, como se ha visto; pero recuérdese también, que á los individuos como á los pueblos, cuando buscan primero el reino de Dios y su justicia, el Señor les da lo demás por añadidura. [San Mateo, cap. VI, vers. 33.]
—(Traductor.)

palabra es el materialismo más cruel, más insensible y más desesperante. Ciertamente si *un ministro del Evangelio* no tiene más que una moral como esa que presentar al mundo: si protestante ó católico, sea lo que fuese, él no tiene otra conclusión que sacar de la historia, entonces no les queda á los hombres más que alimentarse bien, pasarla bien, hacer buenos negocios. Entonces los más ricos serán siempre los más virtuosos. Esta lectura oprime el corazón.

"El pastor Roussel ha tenido la intención de comparar á las naciones católicas con las naciones protestantes, bajo el triple aspecto del bienestar, de las luces y de la moralidad. Por desgracia, en esta ocasión, la moralidad, que tiene derecho al primer lugar, ocupa el último y el más pequeño. Las luces están en segunda fila, tales como aparecen en el título. El bienestar se exhibe, y por decirlo así, se presentan dándose importancia, en el primer lugar.

"En dos tomos demuestra el Sr. Roussel, á fuerza de números, que los protestantes son infinitamente más felices en este mundo que los católicos, que tienen más rentas, más acciones industriales, más cubiertos de plata, más camisas y más botas. Hasta ahora, todos habíamos creído que en el juicio final Dios pondrá á la derecha los buenos y á la izquierda los malos; pero según el sistema de este pastor protestante, la humanidad está dividida en otras dos categorías, á saber, la *de la gente gorda* y la *de la gente flaca*. Dios no sondeará las conciencias y los corazones, sino los estómagos. Si el Sr. Roussel permitiese á San Pedro, guardar la puerta del cielo, ciertamente le daría la orden de no dejar pasar, sino á la gente bien vestida, como se hace en las tullerías. En la teología protestante, para salvarse, es de rigor ir *en traje decente*."

"Es graciosa la complacencia con que el Sr. Roussel forma las cuentas á los países católicos y á los países protestantes. Vaya, es una verdadera teneduría de libros.

"En el terreno del bienestar, el Sr. Roussel y el protestantismo reinan como señores, son los más ricos. Véase por ejemplo, la figura que hace esa triste y desaseada Irlanda, al lado de sus hermanas protestantes. El Sr. Roussel

sel nos da, con arreglo á datos oficiales, el balance de una parróquia de cuatro mil habitantes, teniendo cuidado de añadir, que *todos son católicos*; y esos cuatro mil católicos poseen entre sí una carreta, un arado, diez y seis rastrillos, ocho sillas de montar para hombres, dos idem para mujeres, siete trinchantes de mesa, noventa y seis sillas para sentarse, doscientos cuarenta y tres taburetes, veintisiete gansos, tres pavas, dos colchones de lana, ocho idem de paja, ocho candeleros de cobre, tres relojes, una escuela, un sacerdote, ningún sombrero, nada de péndulos, nada de botas, ningún nabo, ninguna zanahoria. Detengámonos un poco en esta nomenclatura. El autor protestante, cuya obra examinamos, llena con esto páginas enteras; y después de concluir esta especie de visita de hospital, exclama en tono de triunfo: "atrayesemos el canal, y después de haber visto la Irlanda católica y sus miserias, contemplemos la Escocia protestante y su prosperidad." (*)

"Como el que padece ictericia todo lo ve amarillo, así el Sr. Roussel va á desenterrar al catolicismo, hasta en los rincones donde uno jamás hubiera creído que se había anidado. Continuando la vuelta que va dando al mundo, este pastor protestante, pone en paralelo también á la Suiza católica con la Suiza protestante. He aquí un viajero que lle-

(*) Este pasaje demuestra á la vez que el protestantismo no tiene, ni en el corazón entrañas, ni en la cabeza seso. En efecto, ¿quién ha puesto á la católica Irlanda en esa triste condición? La protestante Inglaterra ha tenido á la Irlanda trescientos años bajo su planta de hierro, tratándola despiadadamente, lo cual prueba suficientemente, que el protestantismo no tiene corazón; pero que teniendo la protestante Inglaterra la culpa de la triste condición de la Irlanda, haya un hombre, como el pastor Roussel, que se complazca en hacer el inventario de esa miseria, para glorificar al protestantismo, es una prueba todavía más convincente de que el protestantismo no tiene seso en la cabeza, pues hace del sambenito gala. Ya se ve, como su criterio está en el estómago, ¿para qué necesita ni del corazón ni de la cabeza? ¡Lástima que no hubiera habido protestantes ni protestantismo en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo! Si los hubiese habido, ellos le habrían dicho que el pobre Lázaro debía ser puesto en el infierno, el rico Epu-lón en el seno de Abraham. — [Traductor.]

ga á un cantón católico, y su primera palabra es: "¡Qué desaseo! ¡Qué color amarillento, negro y lívido! Es cosa convenida, todos los católicos son amarillos." He aquí otra impresión de viaje, que cito textualmente: "A eso de las dos llegamos á Fluelen, y esta tierra del catolicismo nos fué anunciada por cuatro enfermos de lamparones, seis sarnosos y media docena de infelices cubiertos de harapos, que parece salen del sepulcro." Esto, como se ve, va de mal en peor, pues hace poco los católicos eran amarillos y ahora ya son *sarnosos*. "Apartemos la vista de ese triste espectáculo, serenándose con la contemplación de una tierra protestante. ¡Qué valles! ¡Qué cultivo! exclama el Sr. Roussel. ¡Qué abundancia y qué industria! Zurich y sus bellos alrededores me parecen el asilo de la sabiduría, de la moderación, de la comodidad y de la dicha. ... Entramos en una cabaña, donde la dueña de ella nos ofreció leche y cerezas, poniendo sobre la mesa nueve ó diez cucharas de plata. ..." ¿Lo entendeis bien? Diez cucharas de plata. ¡Qué santas gentes! No son los macilentos católicos los que pudieran mostrarnos otras tantas. ¿Quereis seguir al Sr. Rousse! en España? Ahí también, á fuerza de citas, él os probará que las posadas están súcias y que se come en ellas con cubiertos de estaño, que los caminos se encuentran en mal estado; y luego comparará aquel país, tierra clásica del catolicismo, con la Inglaterra, tierra clásica del protestantismo, al cual á su vez se anuncia por sus cubiertos de plata, sus caminos de hierro, sus sábanas, etc. (*)

(*) El pastor protestante Roussel, como hemos visto, les contó á los cuatro mil católicos de un lugar de Irlanda, hasta los 27 gansos que tenían. ... ¿Por qué no le ocurriría inventariar los GANSOS de los protestantes? Si es porque no los tienen, el Sr. Roussel suple por todas, pues parece que él se ha empeñado, con una horrible crueldad contra sí mismo, en demostrar que es un buen pedazo de ganso. En efecto, si no lo fuera, ¿cómo le habría ocurrido, tratándose de aseó, alegría de los rostros, bienestar general, etc., comparar la tierra clásica del protestantismo de Inglaterra, con la España, tierra clásica del catolicismo? Pocas ciudades hay tan súcias como Lóndres, pocos cielos tan tristes como el de Inglaterra, ningún pueblo más miserable que el bajo pueblo in-

“Nosotros no acompañaremos al Sr. Roussel en todas sus correrías, ni siquiera negaremos la exactitud de sus cuentas, consintiendo gustosos en dejar al protestantismo el beneficio de su plata. Pero sí le preguntaremos, si cuando viajaban en Irlanda, por ejemplo, ¿no ha sentido algún remordimiento de conciencia? ¿No se ha interrogado á sí mismo, sobre si los protestantes no tenían algo que echarse en cara, al ver la miseria de aquella católica tierra? Si los protestantes no representan más que la décima parte de la población de Irlanda, ¿con qué derecho han arrebañado ellos todas las propiedades y todas las rentas de la Iglesia católica? Y cuando el Sr. Roussel, para probar que los católicos de Irlanda no están ya oprimidos, nos dice que ellos tienen cuatro arzobispos, veintitres obispos, dos mil y quinientas Iglesias y más de dos mil sacerdotes, ¿cómo no siente él alguna admiración hácia ese pueblo de mendigos, que en medio de su miseria, todavía encuentra el modo de sostener su iglesia, cercenando su propia pequeña subsistencia, mientras que los obispos y ministros protestantes viven engordando y solazándose, con lo mismo que fué confiscado al catolicismo? ¿Cómo un *ministro del Evangelio*, cual se titula el Sr. Roussel, no se acuerda de aquellas palabras: “En verdad os digo que esta pobre viuda ha dado más que todos los que han echado en el cepillo, porque todos los otros han dado de lo que les sobra; pero ella ha dado de su indigencia misma todo lo que tenía y la quedaba para vivir?”

“Pero el Sr. Roussel ha guardado para la Francia el más brillante, el más invencible de todos sus argumentos. Escuchadle: “Perseguidos por espacio de siglos, dice el pastor, y despojados de sus bienes los protestantes franceses, ellos deberían estar hoy, no al nivel, sino muy por debajo

glés, ninguna raza sujeta al spleen como la Anglo Sajona. En una palabra, no hay ni puede haber término de comparación, entre los protestantes ingleses y los católicos españoles, franceses é italianos; porque basta ver á los primeros para conocer que predomina entre ellos la tristeza, y basta también á los segundos, para persuadirse de que padecen ménos y que gozan más que aquellos.—[Traductor.]

del resto de la nación en materia de riqueza. ¿Es así? Si queremos consultar la opinión pública, podríamos decir que la *conciencia* del lector ha respondido ya.”

“Admire el lector, de paso, el singular oficio que el pastor protestante señala aquí á la *conciencia*; pero sigamos oyéndole.

“Como nada deseamos afirmar, ni siquiera la evidencia, sin apoyarnos en documentos, nos hemos procurado sobre este punto algunos auténticos, los cuales son de la más alta importancia en la cuestión.” Aquí nosotros, oh lectores, nos pusimos á temblar por el catolicismo. ¿Qué le va á suceder? ¿Qué teja le va á caer sobre la cabeza? nos preguntábamos; pero tranquilicémonos, es una talega de escudos, un aguacero de ochavos. El Sr. Roussel nos explica en detall, que se procuró el estado de la contribución que por los muebles pagan los protestantes del departamento del Sena. La lista está litografiada; él la tiene en las manos; y según este dato, encuentra, que el término medio que se paga por los habitantes de París en este ramo, es de 33 francos, 14 céntimos; mientras que el término medio pagado por los protestantes en el mismo ramo, es de 87 francos, 1 céntimo. “De manera, concluye el pastor, que los protestantes franceses poseen tres veces más riquezas que sus compatriotas católicos romanos.” Con este golpe, no hay duda, el catolicismo tiene que rendirse. Decididamente, el catolicismo no se levantará de esta contusión moviliaria. Pero ya que el Sr. Roussel está de vena para hacer cuentas, ¿por qué no ha consultado él la contribución pagada por otra parte de la población, á la cual no queremos nosotros ofender, pero que pasa generalmente por bastante bien acomodada, es decir, los *judíos*? ¿Quién sabe si él no habría encontrado á los israelitas más ricos; y por consiguiente, según su sistema, deberán ser tenidos por todavía más virtuosos que los protestantes?

Pero lo repetimos, no queremos disputar con el Sr. Roussel sobre guarismos, ni turbar su victoria. Dejémosle subir sobre su pirámide protestante, formada de Napoleones acuñados, á cantar su *Gloria in excelsis*. Alguno ha

dicho: "Os digo en verdad que es muy difícil que un rico entre en el reino de los cielos." Pudiéramos hacer aún algunas otras citas más, que valdrían tanto como las del Sr. Roussel; pero no es de nuestra competencia escribir un sermón. Este pastor protestante, quizás ha creído sinceramente componer un libro moral y religioso, pero el espíritu de secta le ha cegado; y, sentimos tener que repetirle, sus conclusiones son enteramente materialistas. (Firmado.) *J. Lemoyne.*" (*)

XIV.

De la observancia del Domingo entre los católicos y entre los protestantes.

Viendo que el Domingo es estrictamente observado en la protestante Inglaterra, que esta observancia se descuida bastante en las grandes ciudades de Francia, se pregunta alguna vez, ¿de dónde puede resultar esa diferencia, la cual parece toda en favor del protestantismo?

Después de notar que las grandes ciudades de Francia, por los estragos que en ellas han hecho el Volterianismo y la revolución, no pueden con propiedad tomarse por término de comparación en esta materia; obsérvase que la diferencia de que se trata, consiste en que tanto en Inglaterra como en otros países protestantes, la ley civil secunda á la ley religiosa, decretando severas penas contra toda contravención al reposo del Domingo. El protestantismo no entra en esto por nada; y la prueba está, primeramente, en que los protestantes de los países donde la ley civil no manda guardar el Domingo, trabajan en él como los malos católicos, que es lo que sucede en Francia, por ejemplo; y en segundo lugar, está también la prueba de mi aserción, en que cuando la ley civil manda respetar el día de fiesta en países

(*) Recuerde el lector que este artículo lo ha publicado, no un diario "clerical" sino el "Journal des Debats." nada sospechoso de parcialidad hacia el catolicismo.—(Traductor.)

católicos, ahí hay ese respeto á lo menos tan exactamente como en Londres, en Basilea y en Ginebra. (*) Agréguese á estas observaciones, la de que en los países protestantes hay muchos católicos que no violan el día del Señor, sin que en esto los aventajen sus compatriotas anglicanos ó calvinistas. La estricta observancia del Domingo en Inglaterra y en Suiza, es, pues, un hecho puramente local, es un resultado feliz de una ley civil, y no de un fervor religioso. Si en Francia hubiese una ley semejante, los que en la actualidad violan el precepto de santificar las fiestas, porque les falta espíritu de fe, harían lo que hacen la multitud de ingleses incrédulos, esto es, observarían exteriormente á lo menos el Domingo, por respeto á la autoridad y temor á la policía.

Entre tanto, es curioso observar que la observancia del Domingo, que es el único *culto* del protestantismo, no solamente no se apoya en la Biblia, sino que está en contradicción flagrante con la letra de la Biblia, la cual ordena el reposo en el *Sábado*. Es la Iglesia católica, quien usando de la autoridad que la ha dado Jesucristo, trasladó el reposo al Domingo en memoria de la Resurrección del Señor; de manera que la observancia del Domingo es un homenaje que

(*) Luego el cargo y la responsabilidad en este punto no es del catolicismo, que manda estrechamente santificar las fiestas, sino de los gobiernos que no apoyan en esta parte suficientemente á la Iglesia. Esos gobiernos, si son católicos, deben avergonzarse de no hacer siquiera lo que hacen los protestantes, en materia de tanta trascendencia; pues lo es sin duda alguna, el de la cesación del trabajo en los Domingos, para que el pueblo tenga tiempo de instruirse en sus deberes morales y practicar su religión. Ocupados toda la semana durante el día para poder vivir con el jornal, y cansados por la noche, sino se procura que tengan libre el Domingo para que asistan á Misa y oigan la palabra de Dios, los hombres del pueblo caerán en la más espantosa y funesta ignorancia. ¿Quién sabe cuantos crímenes no tienen otro origen que ella? ¿Quién podrá decir cuantos delitos se habrían evitado, si sus autores hubieran tenido tiempo para asistir á las instrucciones parroquiales, que induciéndolos á vivir bien, los habrían retraído del precipicio? Dígase lo que se quiera, son inexcusables los gobiernos que no procuran, con sábias y justas leyes, exactamente cumplidas, secundar en esta parte las prescripciones de la Iglesia.—(Traductor.)

los protestantes, á su pesar, tributan á la autoridad de la Iglesia.

Concluiré haciendo observar con cuanta más inteligencia y libertad cristiana, santifican al Domingo los verdaderos católicos que los protestantes. En Lóndres está prohibido tocar la música en la propia casa el Domingo, se veda á los niños jugar á las bolas ó al aro, se cierran los monumentos públicos y el pasearse se considera cosa impropia. Ese es fariseismo no fidelidad. (*)

XV.

Como se conducen los protestantes respecto de la Madre de Dios.

Es una singular manera de honrar á un hijo, despreciar y detestar á su madre. Pues la Santísima Virgen María es la Madre de Jesucristo, y las sectas protestantes se ponen de acuerdo para repelerla con un desdén que frecuentemente raya en cólera.

Semejante conducta es odiosa; y nada, ni aun los mis-

(*) Y el Viernes Santo, aunque no trabajan los protestantes de Lóndres, se van á divertir al Palacio de Cristal. ¡En vez de contemplar al Salvador llagado y pendiente de la cruz, muriendo por amor del hombre, van á ver correr las fuentes, ó como se columpia un acróbata en la cuerda! En cuanto á los Domingos, ¿cuántos protestantes de Lóndres van al templo? Desde una ventana de la capilla de Santa Margarita, cerca de la Abadía de Wesminster y frente al Palacio del Parlamento, he visto yo que habría ahí solamente como diez y ocho ó veinte personas, en lo que llaman los protestantes SERVICIO DIVINO. Nótese que entre ellos no se celebra servicio más que una sola vez en la mañana del Domingo, ó á lo menos dos veces si el ministro es puseista. De consiguiente, el que no asiste á este único servicio, ó á uno de los dos, claro es que no se cuida del tal servicio divino. Ahora, ¿qué son diez y ocho personas para una iglesia de Lóndres, ciudad que tiene tres millones de habitantes, iglesia que no está en barrio bajo y desierto, sino en un cuartel decente y en un gran centro de población? Tiene, pues, razón Monseñor de Segur en decir, que el reposo de los protestantes en los Domingos, es fariseismo. Así todo lo que al protestantismo toca, lo echa á perder, especialmente lo bueno.—(Traductor.)

mos principios protestantes pueden excusarla. *María* es madre de Jesús: es así que *Jesús* es *Dios*; luego *María* es Madre de *Dios*. ¿No es cosa extraña que esos hombres que se llaman cristianos, rehusen honrar á la Madre de Dios de los cristianos, á la que dió su carne al Dios, que padeciendo en esta carne nos ha salvado? ¿No es cosa extraña que súbditos que se dicen fieles al Soberano, nieguen el respeto y el honor á la Madre de ese Soberano?

Cuando el angel se apareció á la Virgen *María*, para obtener su consentimiento en el gran misterio de la Encarnación, la dijo con respetuoso cariño: “Yo te saludo, oh llena de gracia. ¡Tú eres la mujer bendita entre todas las mujeres!” Los católicos imitan al angel bueno y fiel que honra á la Madre de su Dios; pero los protestantes prefieren imitar al angel rebelde y falso, á quien se dijo desde el principio: “Yo pondré inimizades entre la *Mujer* y tú:” aquel angel réprobo cuya cabeza debía aplastar *María*. *Et ipsa conteret caput tuum.*

Cuando la Santísima Virgen llevando en su seno al Redentor del mundo se presentó á Santa Isabel, llena está del Espíritu Santo, exclamó en un trasporte divino: “¿De dónde á mí este honor, que la madre de mi Dios se digne venir á mí? Bendita eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.” Nosotros, los católicos, seguimos el ejemplo de Santa Isabel; é impulsados como ella por el espíritu de verdad, nos complacemos en manifestar á *María* nuestra gratitud y nuestro amor. Pero las sectas protestantes imitan á los insensatos habitantes de Belén, que esperaban la venida del Mesías y se negaban á recibir á su Madre, ignorando que ella, y ella sola, es la que lleva á *Jesús*.

Cuando *María* respondió á las alabanzas de Santa Isabel, dijo en el sublime cántico de su triunfo: “*Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada. porque el que es Poderoso ha obrado en mí grandes cosas.*” ¿Cuáles son las generaciones que cumplen esa profecía, esa palabra de la Biblia, dando á *María* el título de *Bienaventurada*? ¿Son las generaciones católicas, que tanto en las capillas

subterráneas de las Catacumbas, como en las espléndidas Basílicas dedicadas á Nuestra Señora, ensalzan el Nombre y la gloria de *María*; ó son las generaciones protestantes, que ni respetan ni alaban á la augusta Virgen, que antes bien creen hacerla demasiado honor cuando no la insultan?

A estos pasajes de la Santa Escritura, tan claros y tan gloriosos para *María*, los protestantes oponen algunas palabras dirigidas á Nuestro Señor Jesucristo á su Bienaventurada Madre; palabras misteriosas, cuyo profundo sentido ellos no comprenden. Esas palabras tenían por objeto hacer que *María* participase de los anonadamientos de la Redención, así como había participado de los gozos de la Encarnación, y había de participar de las glorias de la Resurrección y de la Ascensión de su Divino Hijo. (*) Si esas palabras tuvieran el sentido que las prestan los herejes, sería necesario deducir de ellas que *Jesús* no amaba á su Madre, que no la honraba, que era un mal hijo, y que violaba el cuarto mandamiento de su propia ley: "Honrarás á tu padre y á tu madre." Así los protestantes, por querer probar demasiado, nada prueban.

Pero lejos de tener el Divino Salvador esos sentimientos, que no pueden atribuírsele sin locura y sin blasfemia; al contrario, *Jesús*, después de su Padre celestial, á nadie amaba más que á su augusta Madre *María*. Como á más de ser su Madre, ella era la más humilde, la más pura, la

(*) Hay también protestantes, que siempre impelidos por ese odio diabólico contra *MARIA*, han atacado su virginidad perpétua, fundándose en varios pasajes del Evangelio, especialmente, en aquel donde se habla de los HERMANOS del Señor. ¿Ignoran los protestantes citados, que hasta el día de hoy se llama en Oriente HERMANOS á los parientes próximos? En las lenguas orientales, no hay términos para expresar la cualidad de PRIMO; y entre los pasajes de la Biblia, se puede alegar aquel en que Abraham dice á Lot, su sobrino: "No haya que-rellas entre nosotros porque somos HERMANOS." (Genes. XIII, 8.) Santiago, llamado algunas veces en el Evangelio HERMANO del Señor, era su primo hermano.—El dogma de la virginidad perpétua de *María*, está confirmado por todos los monumentos de los tiempos apostólicos; y es necesario carecer de buen sentido cristiano, para revocarle en duda.—(Nota del Autor.)

más santa de todas las criaturas, el Señor por todos estos títulos, la amaba con un amor único. Nosotros, pues, respetando y amando á *María*, nos conformamos con los sentimientos de *Jesús*; y de esta manera cumplimos, aunque siempre muy imperfectamente, la gran regla prescrita por el Apóstol San Pablo: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.* "Amad lo que el Señor *Jesús* ha amado."

Si en nuestras necesidades invocamos á *María*, es porque sabemos que la Santísima Virgen tiene un gran poder sobre el corazón de su Divino Hijo; como lo prueba, entre otras cosas, el que su primer milagro lo hizo Nuestro Señor Jesucristo á súplica de su augusta Madre.

Así como el Eterno Padre nos dió á su Divino Hijo hecho hombre, por medio de *María*, de la misma manera es su voluntad que todas las gracias de *Jesús* pasen por el mismo canal para llegar á nosotros. No quiere esto decir que *María* sea mediadora de redención, pues solo Nuestro Señor Jesucristo no ha salvado y redimido con la efusión de su preciosísima sangre. Pero la Santísima Virgen es mediadora de intercesión, es nuestra Abogada, es nuestra Madre por adopción. Nosotros la pedimos que nos dispense su poderosa protección para con Dios, como un hijo recurre á su madre, para que su padre acceda más fácilmente á sus deseos.

Fuera de todo esto, hay que observar que el culto de los cristianos á la Santísima Virgen, va directamente á Nuestro Señor Jesucristo, siendo el Hijo honrado de la Madre. Si amamos y alabamos á *María*, es para felicitarla por ser Madre de Dios, para darla gracias porque contribuyendo al misterio de la Encarnación, con su consentimiento y con su virginal sustancia, ha contribuido á darnos al Redentor. El culto de honor que tributamos á *María*, es la salvaguardia del culto de adoración que rendimos á *Jesús*. De esta verdad tenemos á la vista una prueba elocuente. La Iglesia católica, á quien se acusaba de olvidar á *Jesús* por *María*, el Criador por la criatura, esa Iglesia es la que únicamente conserva y defiende, contra la incredulidad protestante, la divinidad de Jesucristo, de ese único Mediador por

cuyo honor se mostraba muy celosa tan farisaicamente la herejía, divinidad de que esa misma herejía reniega más y más cada día. (*)

XVI.

Cuan desolador es el protestantismo.

El corazón humano y la Iglesia católica, son obras de un mismo Autor, que es Dios. Dios ha creado la Iglesia católica, adaptándola maravillosamente á todas las necesidades del corazón humano.

Su autoridad doctrinal corresponde á nuestra necesidad de creer, porque sin autoridad no hay fe. Las ceremonias de su culto corresponden á nuestra naturaleza, la cual se compone de alma y cuerpo, y tiene por lo mismo, necesidad de asociar las cosas materiales al acto todo espiritual de sus adoraciones. La confesión corresponde á esa necesidad de penitencia y de perdón, que está en el fondo de nuestra alma pecadora. La invocación de los santos y las oraciones por los difuntos, corresponden al sentimiento de la unión eterna de las almas en Dios, y de la solidaridad de los hombres entre sí; y de este modo, sucesivamente, pudiéramos ir discurriendo por todos los dogmas, por todos los preceptos y por todas las prácticas de la Iglesia.

En el protestantismo al contrario, todo es frío, triste y desnudo, como las paredes de sus templos, donde se siente que Dios no está.

¡Ay del alma extraviada ó viciada, que semejante al hijo pródigo, deja la casa paterna para trasladarse á las regiones desiertas y remotas del error! Apartada de la vivi-

(*) Para todo lo concerniente á la Santísima Virgen y su culto, recomiendo la lectura del hermoso libro de M. Augusto Nicolás, titulado: "Estudios filosóficos sobre la Santísima Virgen." Todas las dificultades protestantes se resuelven en esta obra, de la manera más perentoria. Un sabio magistrado decía al autor de esta obra: "Después de haber leído vuestro libro, nadie puede quedarse protestante en ningún grado."—[Nota del Autor.]

ficante atmósfera, donde Dios por pura misericordia la había hecho nacer, no respira más que un aire helado, ni encuentra otra cosa que el vacío y la desolación.

Para el que se ha hecho protestante, no más freno en el momento de la pasión, pero tampoco más consuelo al tiempo del remordimiento; no más guía en el momento de la duda, no más auxilio en el momento de la tentación y de la prueba, no más perdón seguro después de la falta, no más confesión que tranquilice y que perdone en nombre de Dios. Para ese pobre apóstata, no más bellas ceremonias de la Iglesia, no más imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, no más cuadros de la Santísima Virgen y de los santos. Sus doctores le dirán que eso es idolatría. No más Crucifijo ni señal de la cruz, pues también calificarán esto de idolatría. No más preces, ni respeto, ni amor á la Madre de Dios, porque igualmente lo tacharán de idolatría. No más confianza en la intercesión de los santos, ni más patronos y protectores en el cielo, por que asimismo clamarán que es idolatría. Y cuando llega la hora de la muerte, cuando el infeliz está solo, cerca de comparecer en el tribunal de Dios, cargado con todas las culpas de su vida, no más sacerdote que le administre los últimos sacramento de la Iglesia y que le diga con certidumbre: "Pobre pecador, puedes morir en paz, porque Jesús me ha dado el poder de perdonarte; y en su divino Nombre, yo te perdono."

Pero aún no hemos acabado. Después de la muerte del apóstata, su cuerpo no será llevado á la Iglesia, sino que derechamente le conducirán á un cementerio, que no está bendito; pues para los protestantes, toda bendición de esta clase, es una especie de idolatría. (*) En fin, si sus hijos se

(*) A este propósito referiré un hecho de que fui testigo, hallándome en el Convento del Monte Carmelo, en el mes de Marzo último. Un judío de Jerusalén, que se había hecho protestante, no escrupulizó en ir á hospedarse en la casa que los religiosos católicos tienen ahí para los peregrinos. Hablaba un poco de inglés, y un sacerdote irlandés que viajaba conmigo, no vacilaba en entrar con él en conversaciones de religión, con el objeto de ilustrarle y no sin esperanza de atraerle al catolicismo. Una noche el hebreo hecho protestante, califi-

han hecho protestantes, como él, les será prohibido orar por su padre; pues el protestantismo no admite ni purgatorio, ni preces por los finados. Nó, ni una sola oración por los muertos hay en ese culto desolador, ni siquiera una visita piadosa á su última morada. Con unas lágrimas impotentes y estériles, en el momento en que cae sobre el difunto el último puñado de tierra, todo está concluido entre él y los que le sobreviven, según el sistema protestante.

Por lo que á mí toca, confieso que esta sola consideración bastaría para demostrarme la falsedad absoluta del protestantismo. La necesidad de orar por las personas á quienes uno ha amado y perdido, es una necesidad tan profunda, tan imperiosa y tan natural al corazón del hombre, que una religión que niega esa necesidad y prohíbe satisfacerla, ya está juzgado de antemano. De manera que no hacía más que expresar el sentimiento universal, aquella pobre niña de diez años, que habiendo perdido á su madre, me decía á mí mismo con admirable energía: “Cuando yo sea grande y dueña de mis acciones, me haré católica; porque quiero pertenecer á una religión, que me permita amar á la Santa Virgen y orar por mi madre.

có de supersticiones las bendiciones autorizadas y prevenidas por la Iglesia católica. El sacerdote irlandés le replicó con un argumento *AD HOMINEM*, diciéndole: “Ahora es Vd. protestante anglicano?—Sí.—Y los anglicanos ¿no bendicen el agua para el bautismo?—Sí.—Luego cometen una superstición, según la doctrina en que Vd. se funda para condenar á la Iglesia católica.”—Yo no pude menos de sonreirme al observar el embarazo en que esta conclusión puso al pobre ex-israelita. Su única salida fué ésta: “El protestantismo anglicano todavía no está puro; le queda algo de *ROMANISMO*.”—¿Si irá el antiguo hebreo á concluir y perfeccionar la obra de Enrique VIII é Isabel? Parece que no deben tener cuidado de esto los ingleses. Aquel judío, si mal no recuerdo, me dijo que había logrado un empleo en la botica del hospital protestante de Jerusalém; y además estaba para casarse con la hija de otro judío *PROTESTANTIZADO*, que posee algunas propiedades cerca de Belén. Pescado el sueldo, no se ocupará más en saber si el anglicanismo está ó no puro. Entre tanto, no puro como él le declaraba, le ha abrazado, tiene empleo y espera novia.—[Traductor.]

XVII.

El juicio de la muerte.

Se ha dicho que la muerte es el eco de la vida. El momento de la muerte es un momento solemne, en que los sofismas pierden su fuerza, en que las ilusiones se disipan y en que la conciencia recobra sus derechos. En el pleito que las sectas protestantes ponen á la Iglesia, apelemos á ese fallo, cuya autoridad es suprema. Veamos cuál es el *juicio de la muerte*.

Ha habido protestantes que se han hecho católicos y católicos que se han hecho protestantes. Examinemos como mueren unos y otros.

En presencia de la muerte, como durante la vida, los innumerables protestantes que han entrado en el gremio de la Iglesia católica, han estado llenos de esperanza y serenidad. Ni una sola expresión de arrepentimiento de haberse convertido, ni una sola inquietud sobre este punto, ni una duda, nada turba sus postreros instantes. Ellos creen, aman y entregan su alma á Dios, dándole gracias de haberlos hecho católicos. Desafío al protestantismo para que me cite un *solo hecho* siquiera, contrario á esta afirmación. Todos esos doctores, todos esos ministros, todos esos hombres instruidos y animosos, que aunque se habían educado en el protestantismo y le conocían á fondo porque le habían practicado, le han abandonado para hacerse católicos, mueren como el conde de Stolberg, tan célebre entre los sectarios, que después de convertido murió lleno de gozo y de amor de Dios, bendiciendo al Señor por haberle hecho conocer la verdadera Iglesia, recomendando á sus hijos que orasen por los difuntos y encargándoles que permanecieran firmes en la religión católica. Después de haber recibido con humildad los últimos sacramentos, el ilustre moribundo repetía con celestial alegría: “Alabado sea Jesucristo.”

¡Cuán diferente es la muerte de la mayor parte de los apóstatas, por no decir la de todos! Cuando ellos no han perdido del todo el sentimiento de la fe en Dios y en la in-